

## Editorial

### ¿A quién beneficia la escolarización precoz de los niños?

V. MADRIGAL DÍEZ

*Servicio de Pediatría. Hospital Universitario Marqués de Valdecilla. Santander*

Es fácil encontrar ejemplos de cómo el ser humano busca explicaciones altruistas que justifiquen acciones que ha realizado única y exclusivamente guiado por su propia conveniencia. Este comportamiento es especialmente frecuente en las relaciones de los más fuertes con los que dependen de ellos para subsistir.

En nuestra sociedad no hay nadie más dependiente que el niño, y esta dependencia es tanto más acusada cuanto más joven e inmaduro es. Ésta es la razón de que sea habitual encontrar situaciones de abuso de la infancia y de que éstas no sean reconocidas como casos de malos tratos. Hay innumerables ejemplos de este tipo de conducta. Basta recordar la campaña del "culito seco y feliz" para presentar los bragapañales como el *desideratum* de la higiene dérmica infantil, cuando en realidad sólo sirven para que los niños no meen a sus cuidadores ni ensucien el ajuar doméstico. La concepción de un *slogan* tan ingenioso fue perversa, ya que con pequeñas modificaciones cambiaba la realidad, consistente en culera del niño seca y adulto feliz (porque no le manchan), por la falacia de presentar al niño como beneficiario de uno de los inventos más antihigiénicos que ha concebido la mente humana, y que tiene atormentada la piel del culete y de los genitales, tanto de nuestros niños como de los ancianos cuando llegan a un nivel de dependencia similar al de los niños.

Lamentablemente, estamos asistiendo a la aceptación por parte de la sociedad de un hecho, la escolarización precoz de los niños, que es presentado como avance social y como un bien en sí mismo, cuando en realidad es una situación negativa para la infancia. El cambio rápido de la estructura social y familiar, en buena medida condicionado por la

incorporación de la mujer al mundo laboral y el aumento de las familias monoparentales, origina que con frecuencia el cuidado adecuado del niño pequeño no pueda estar garantizado durante las ausencias de los padres. Ésa, y no otra, es la justificación de la existencia de las guarderías, adonde el niño es llevado para que sea cuidado y atendido (guardado) hasta que los padres le recojan al final de la jornada laboral. Pero esto, que para el niño es un mal menor, se está presentando habitualmente como un bien, casi como una necesidad, para él. Nos encontramos de nuevo ante un ejemplo de tranquilización de nuestra conciencia social, justificando como bueno para el niño lo que en realidad es una conveniencia de los adultos. Resulta que, por obra y gracia de no se sabe qué evidencias, nuestra especie, que es la que tiene las crías más inmaduras desde el punto de vista neurológico, psíquico y social, es el único mamífero para el que es beneficioso que sus hijos permanezcan separados durante largos períodos de tiempo de sus padres. Incluso, en un paso más hacia la desfamiliarización del niño, se está preconizando sacar al niño precozmente de la habitación de sus padres para que duerma solo en su cuarto, sustituyendo el calor, la ternura y el arrullo materno por el contacto fofo de los peluches y la musiquilla fría y reiterativa que sale de sus barrigas.

Dice Cobo Medina en su *Tratado de Paidopsiquiatría Dinámica* que durante los tres o cuatro primeros años de vida el niño está en una fase madurativa en que es egocéntrico por naturaleza y que por ello "necesita sentirse el centro del mundo: no puede ni debe sentirse de otra manera". La masificación en las guarderías y colegios es una agresión a su individualidad que debe ser evitada en lo posible hasta que

supere la etapa crítica de afirmación de la personalidad, respetando su ritmo madurativo hasta que, a partir de los tres años, adquiera la capacidad para el juego social.

Hemos llegado a una situación en la que los intereses de la sociedad adulta y los de la infancia parecen ser contrapuestos. Esta afirmación puede no ser políticamente correcta, pero los que de alguna manera nos dedicamos al cuidado del niño tenemos la obligación de denunciarla y, al mismo tiempo, ayudar a buscar alternativas menos lesivas para nuestros niños.

Estamos en época electoral y resulta perverso y cínico intentar aprovecharse de este conflicto de intereses contemplando sólo los de la parte más fuerte, que es donde reside la fuente de los votos, proponiendo la escolarización generalizada para los niños de menos de tres años, incluso de los que no han cumplido aún el primer año. Si los niños votaran, no habría que tener mucha imaginación para suponer lo que cualquier menor de tres años elegiría entre la opción de estar en su casita, cuidadito por sus papás y siendo el centro de todas las atenciones de su familia, o permanecer en un lugar donde hay un cuidador para no se sabe cuántos niños que, al igual que nuestro supuesto pequeño votante, tienen necesidad de ser los soles de su microuniverso, pero nunca planetas alrededor de otros.

Esta forma de actuar con los niños pequeños no es de hoy. Si analizamos la evolución de la idea de la escolarización precoz, que parece casi universalmente aceptada como conveniente para el niño, nos sorprenderá el cinismo con que se ha ido preparando el terreno para que sea un hecho adoptado sin discusión. Llama la atención, por ejemplo, la facilidad y rapidez con que la palabra párvulo ha sido sustituida por preescolar. Hoy la palabra párvulo que, según la Real Academia de la Lengua, corresponde a un "niño de muy corta edad" o "inocente, que sabe poco o es fácil de engañar", prácticamente ha caído en desuso; ha sido des-

plazada por preescolar, palabra nueva, que ni siquiera estaba recogida en la decimonovena edición del *Diccionario de la Real Academia* en 1970, y que en la última edición aparece con el significado de perteneciente a la "etapa educativa que precede a la enseñanza primaria". De manera que el niño pequeño ha dejado de ser considerado como un ser desvalido por su inmadurez, para ser visto como mera arcilla cuyo único destino es ser moldeado en la escuela. ¿De verdad puede sostenerse con un mínimo fundamento que es posible iniciar la escolarización y, por tanto, la enseñanza escolar de un niño, incluso antes de que haya cumplido el año de edad, cuando aún es un ser neurológicamente tan inmaduro que su sistema nervioso todavía no se ha mielinizado?

Los adultos debemos aprender a reconocer qué hay de beneficioso para los niños y qué para nosotros en todas esas propuestas de las que, como casi siempre, los niños son meros sujetos pacientes. Simplemente con tener la honradez de reconocer que corremos el riesgo de estar buscando nuestro exclusivo beneficio, ya estamos iniciando el camino adecuado para proteger a la infancia. La sensibilidad de los buenos políticos debe jugar después el papel de buscar soluciones equitativas para ambas partes, que seguro las hay. Estas soluciones deben procurar facilitar a los padres el cuidado personal de sus hijos, en vez de procurar que les cuiden otras personas extrañas.

¿Por qué no puede proponerse un salario similar al del paro para uno de los dos padres trabajadores que, durante los tres primeros años de la vida de sus hijos, quiera dedicarse a su cuidado? No parece que ésta sea una medida especialmente gravosa para las arcas del estado, ya que este salario sería el que estaría recibiendo una persona en paro, que dejaría de estarlo al incorporarse al puesto que deja libre durante esos tres años el progenitor del niño que se dedica a cuidarle.